

214. Vencedores y vencidos

Es posible, amigos, que todos ustedes hayan oído alguna vez esta expresión de un antiguo perseguidor de la Iglesia: *¡Hemos sido vencidos!* Desde luego, que él la dijo en latín: “Victi sumus!”, y esta exclamación de derrotado tiene una brillante historia cristiana.

Daciano, a las órdenes del Emperador de Roma, regía la provincia de España, y había arrastrado al diácono Vicente desde Zaragoza a Valencia, donde el mártir de Cristo se iba a cubrir de gloria. - *¡Ofrece sacrificios a los dioses del Imperio, de lo contrario vas a sufrir los más exquisitos tormentos!*

Y Vicente: - *Estás equivocado, Daciano. Yo no reniego de Cristo, único Dios a quien adoro.*

Se multiplicaban los suplicios. El potro, hierros rusientes, azotes... Y el mártir, a Daciano:

- *Ten presente que, con la fuerza de Dios, yo tengo más resistencia para sufrir que tú para atormentar. Además, tu crueldad será el pedestal de mi gloria.*

Daciano se rinde al fin, exclamando:

- *¿Qué puedo hacer de más con este cristiano? ¡Hemos sido vencidos!...*

Manda cortar la cabeza al confesor de la fe y arrojar lejos sus despojos, con una nueva imprecación de derrotado:

- *Creo que, ni muerto él, lo voy a poder vencer.*

Dejamos aparte los detalles legendarios del célebre martirio de Vicente, para fijarnos en las dos exclamaciones de los protagonistas. El Uno: *¡He sido vencido!* El otro: *¡Me he llenado de gloria!...*

En estos dos gritos, de derrota y de triunfo, se puede resumir la vida de cada persona: la vida de los fracasados porque no han conseguido la meta, y la vida de los triunfadores porque han conquistado el fin de su existencia.

Como es de suponer desde un principio, nosotros miramos de manera especial la vida cristiana, que tiene como coronamiento esa vida de la cual habla Pablo a Timoteo: “*Conquista la vida eterna, a la cual has sido llamado*” (1Timoteo 6,12), con todo lo que conlleva de esfuerzo en la lucha de cada día.

¿Es fácil la vida cristiana?... ¡Cuántas veces nos hemos hecho esta reflexión! Y modernamente, en nuestro lenguaje usual dentro de la Iglesia, cada vez se repite más que el Evangelio es para los esforzados.

Los que no quieran imponerse sacrificio, pueden retirarse. Iba a decir, que les damos todos los permisos... Porque llevarán una vida vulgar, que no es digna de Jesucristo en manera alguna. A los que rehuyen el esfuerzo los consideramos del montón, gentes de poco valer, y que interesan muy poca cosa.

El mundo moderno necesita valientes, y los tiene, y muchos, gracias a Dios. Lo sabía muy bien el Papa Juan Pablo II, cuando, dirigiéndose precisamente a los laicos en la Iglesia, les lanzaba aquella arenga que tanto se ha repetido y se seguirá repitiendo:

- *No tengáis miedo de aceptar este desafío: ¡Ser hombres y mujeres santos! ¡No se desanimen! Conservar siempre la mirada fija en Jesús. Hacer de Jesús el corazón del mundo... Ser cristiano nunca ha sido fácil y no lo es tampoco hoy. Seguir a Cristo exige el coraje de opciones radicales, casi siempre contracorriente* (26-XI-2000)

Esto lo decía un Papa que tenía autoridad para decirlo, pues no podemos olvidar aquel su rostro marcado por el sufrimiento, apoyada su cabeza sobre el Cristo de su báculo pastoral, y, sin embargo, indomable en el cumplimiento de su deber como guía nuestro.

Es curioso cómo el Papa hacía consistir esa valentía en la prosecución de la santidad cristiana: ¡Ser hombres y mujeres santos!

Este ideal, ciertamente, es sólo para valientes. Ideal, sin embargo, que a nadie puede tirar para atrás, porque se trata de una valentía tan moderada, tan a la mano de todos, que solamente puede venir de un don de Dios.

Así lo explicaba un apóstol de nuestras tierras peruanas, que el mismo Papa elevaba al honor de los altares (Padre Luis Tezza, beatificado el 4-XI-2001):

- Dios no dijo a algunos, sino a todos: ¡Sed santos! La santidad, por tanto, debe ser accesible a todos. ¿En qué consiste? ¿En hacer muchas cosas? No. ¿En hacer cosas extraordinarias? Tampoco. No sería cosa de todos ni de todos los momentos. Por tanto: es hacer el bien y hacerlo perfectamente en la condición, en el estado en el que Dios nos ha puesto. Nada más; nada fuera de esto.

Servir a este ideal, sin rendirse nunca, es cosa de héroes, y lo consiguen quienes saben mirar al Crucifijo. Como el niño aquel de diez años, al que habían de curar en su enfermedad del pecho teniendo los brazos extendidos. El pobre muchachito gritaba: - *¡Que no puedo, que no puedo estar así!...* Hasta que la enfermera, tan buena cristiana, le dice un día: - *¡Mira, mira a Jesús en la cruz, cómo tiene los brazos igual que tú!* El niño miró a Jesucristo Crucificado, y ya no lloró más durante la dolorosa curación.

Los que renuncian al ideal cristiano —y no digamos ya los que abandonan a Jesucristo, y se colocan en el bando de enfrente— reconocen como el perseguidor aquel: *Victi sumus! ¡Hemos sido vencidos!...*

Grito amargo e inútil, diametralmente opuesto al de los valientes que mueren por no claudicar a su ideal: *¡Vencimos! Por Cristo, mirándole a Él, y siempre con Él, nos hemos cubierto de gloria...*

Esto lo dicen no solamente los mártires que derraman su sangre en una persecución de tantas como se desatan contra la Iglesia. Lo dicen tantos cristianos —que son muchos, muchos— cuando en el silencio de cada día miran a Jesucristo y se empeñan, ¡formidable aventura!, en ser nada menos iguales que su mismo Señor...